

TEMA 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: **LA MUERTE DEL CISNE**

AUTOR: *Sebastian Fabricius*

*Nosotros le amábamos: ahora ¿qué es él para ti?
Donde le heriste brota la sangre, su ala cae como muerta,
sus plumas del color de la nieve se han teñido de oscuro,
su mirada está vacía. ¡Mira cómo nos mira!
Parsifal, Acto I. Richard Wagner.*

Cuando aparece Parsifal en escena, no lo hace de la mejor manera: mata al cisne de un flechazo, sin siquiera darse cuenta de la naturaleza del mal que ha cometido. Completamente ignorante, al mismo tiempo inocente y criminal, sencillamente dice que “*mata todo lo que vuela*”. El agreste muchacho no conoce ni el sufrimiento ni el pecado, tampoco la vergüenza que trae consigo la compasión. Gurnemanz, indignado, le interroga:

¡Acto sin precedentes!

*¿Y has podido matar, aquí, en el bosque sagrado,
cuando todo a tu alrededor es paz y tranquilidad?*

¿No se te acercaron las bestias del bosque para atacarte?

¿Acaso te dan la bienvenida como a un amigo piadoso?

Desde las ramas de los árboles, ¿qué te decían los pájaros?

Parsifal, Acto I. Richard Wagner.

Parsifal mira a todos aturdido, sigue todavía sin comprender. La compasión es un sentimiento que, hasta el momento, nunca ha experimentado su infantil corazón. Sin embargo él no es, como podría imaginarse, un escolar ni un monaguillo: en busca de aventuras, atraviesa bosques y desiertos, armado solamente con un rústico arco hecho por sus manos, del mismo modo en que Siegfried forjó su espada. Ha luchado contra monstruos y hombres salvajes, le temen salteadores y gigantes, quiere ser como aquellos radiantes caballeros que llegaron a los límites del bosque y a los que con tanto ahínco persiguió, que se ha olvidado para siempre de su madre. Ahí está su primera falta: la ausencia del hijo mató a la madre, y doblemente culpable lo vuelve su ignorancia.

Gurnemanz no quiere, como los demás, castigarle. Su intención es otra: mostrándole a la criatura que acaba de matar, quiere enseñarle el misterio de la compasión. De otra forma, no podría perdonarle.

El fiel cisne, ¿qué mal te había hecho?

Sólo iba volando en busca de su compañera

para cruzar el lago juntos,

y así bendecir noblemente sus aguas.

¿Cómo es que no te asombraste?



Diseño de Franz Stasse: Gurnemanz muestra a Parsifal el cisne herido por su flecha

“R[ichard] me dijo que ha urdido una fina *mélange* para la escena en la que traen el cisne muerto: el tema de Amfortas, el de Herzeleide, y el motivo del cisne tomado de *Lohengrin*” [*Diario de Cósima, 5 de diciembre de 1877*]

Una vez más, la construcción es perfecta. Nada sobra ni falta, ninguna nota suena forzada. La evocación es sublime en medio del nudo dramático. Y aún podría decirse que, con este homenaje al Lohengrin de la juventud, desde aquella juventud humilde y tormentosa hasta este tranquilo anochecer, se cierra el círculo de toda una vida. ¡Y qué vida tan noble y cargada de sentido! ¡Qué existencia humana digna del abrazo de la eternidad! Porque Wagner, y en esto también fue grande, lo tenía todo previsto desde una época temprana: Parsifal sería su última obra, su despedida del mundo. Esto debió ser así, porque ¿cómo continuar en este mundo después de haber alcanzado semejantes alturas?

(Parsifal le escucha cada vez con más emoción. Rompe su arco y tira sus flechas)

¿Eres consciente ahora del pecado que has cometido?

(Parsifal se cubre los ojos con la mano)

Dime, muchacho mío, ¿Comprendes el pecado cometido?

¿Cómo pudiste hacerlo?

Parsifal, Acto I. Richard Wagner.

La muerte del cisne bien pudo haber encontrado su inspiración en aquella otra de *Li contes del Graal*, la obra de Chrétien de Troyes, profundamente poética, donde Perceval contempla ensimismado tres gotas de sangre que cayeron en la nieve y que hacen recordar al ingenuo muchacho el hermoso rostro de Blanche-flor, su amiga. Pero aquí Perceval no ha cometido ningún mal: un halcón persigue a una bandada de ánades, ataca a uno de ellos, hiriéndolo en el cuello. El ave escapa, remontando el vuelo, pero tres gotas de sangre de la herida caen sobre el prado cubierto de nieve. Perceval queda absorto, ensimismado en la contemplación de las gotas, sumido en un estado que se repetirá cuando se encuentre ante el Grial. Entonces no hará la pregunta y todo el reino seguirá maldito.

También podría citarse un párrafo del Mahabharata, el antiguo poema épico hindú, que bien pudo haber conocido Wagner:

Vagaba sin rumbo, no sabía a dónde ir. Por fin llegó a la orilla del mar y se sentó sobre una roca. Mucho tiempo pasó allí escuchando el batir de las olas contra la orilla, el melancólico sonido del mar era como un bálsamo para su corazón herido. Luego se levantó y se fue. Y cuando volvía, de repente, un animal pasó por su lado a toda prisa. Casi instintivamente, sacó una flecha y la lanzó, la cual abatió al animal matándolo instantáneamente. Al acercarse vio con horror que no era un ciervo sino una vaca y que su dueño era un brahmán. Radheya se le acercó y le dijo que no lo había hecho con intención y trató de tranquilizarlo ofreciéndole muchas más vacas y riquezas como restitución del daño. Pero el brahmán estaba muy enojado y dando rienda suelta a su ira, maldijo a Radheya.

Lo cierto es que el genio poético de Wagner se sirvió de las gotas de sangre del *Cuento del Grial*, adaptándola dramáticamente a sus propios fines: describir el carácter ingenuo y semisalvaje del joven protagonista, así como acentuar la necesidad de

la compasión como única forma posible de redención en un mundo irremediabilmente condenado.

¿Qué es la compasión? La compasión es la comprensión espiritual del sufrimiento ajeno, hacer nuestro el dolor del otro. Por eso Parsifal, tras escuchar las afectuosas pero severas amonestaciones de Gurnemanz, abre por primera vez sus ojos para el mundo. ¿Y qué descubre? ¡El dolor...! Un dolor que se revela en todos y en todo. Porque Amfortas tiene que soportar una vida que no es vida, los caballeros languidecen impotentes con él, y Titurel se lamenta desde la soledad de su tumba. Y no sólo ellos, pues Kundry carga con el peso de su maldición y Klingsor no puede calmar su sed de venganza, que lo ha llevado a castrarse a sí mismo. Pero también es la naturaleza misma la que sufre por culpa de los hombres, sufren las bestias, sufre la vegetación que no germina, ¡sufre el cisne que han matado...!

Esto ya era esencial en el mito medieval de la tierra baldía, mito que Wagner toma, junto con la poderosa inspiración de la filosofía de Schopenhauer y la religión cristiana del Amor, para anunciar su teoría de la regeneración humana. Sí, el mundo está degenerado, y el hombre ha caído vergonzosamente con él. ¿La causa? El egoísmo, la ambición desenfrenada, la crueldad que desemboca en la corrupción del alma y de la sangre. Por lo tanto, si el Evangelio del Crucificado, y todas las demás religiones, predicán el amor entre los hombres, ¿por qué no amar también al resto de las otras criaturas? ¿Tan hipócritas podemos ser como para amar exclusivamente a los hombres, mientras asesinamos a los animales en el nombre de esa humanidad que se cree espiritualmente única y superior?

Estas ideas Wagner las defiende con claridad en una Carta abierta a Ernst von Weber publicada en 1879 en las *Bayreuther Blätter*. Allí, denuncia la aberrante práctica de la vivisección, denuncia que, por cierto, cayó en oídos sordos. Para el Maestro, hemos perdido la piedad antigua, la sabiduría de los pueblos civilizados, que respetaba al prójimo incluso en el animal. El hombre es hoy, en provecho de su utilidad, una criatura que se alimenta de la crueldad, una “feroz bestia de presa”, un “animal que calcula” y que tortura. Y cabe preguntarse si no son todas estas enfermedades y pandemias que nos aquejan una reacción de la Naturaleza contra la bestia humana por todas las afrentas recibidas, por todas las especies extinguidas, por todos los bosques talados y los animales sacrificados.

Wagner dice en la mencionada carta:

Guiados por esta irresistible sublevación que nos inspiran los terribles sufrimientos causados voluntariamente a los animales, ¿encontraremos el camino que conduce al único reino redentor que es la piedad experimentada por todo aquel que vive, como en un paraíso perdido y conscientemente reconquistado?

Nosotros, mientras tanto, nos empeñamos en hacer todo lo contrario; nos vanagloriamos de la razón, olvidándonos del corazón, que es lo único que nos hace parecidos a Dios. En todo caso, la máxima evangélica “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, será una letra muerta y nosotros moriremos con ella.

Continúa Wagner:

Un viajero abandonó a su perra que le acompañaba, y que acababa de parir, en la cuadra de una posada y regresó solo a su casa, a tres horas del lugar. A la mañana siguiente encontró, sobre la paja de su patio, a los cuatro cachorros y a la madre muerta junto a ellos. Había realizado el camino, lleno de ansiedad e impaciencia, llevando cada vez a uno de sus pequeños. No fue hasta el momento que hubo colocado el último en casa de su amo cuando no estando ya obligada a dejarlo, se abandonó en manos de una muerte retrasada por el dolor. He aquí lo que el ciudadano "libre" de nuestra civilización denomina "fidelidad de perro", subrayando con desprecio la palabra "perro".

Para los que tuvimos o tenemos la suerte de tener en nuestras familias la compañía de algún animal, sabemos de qué se trata. Con ellos no hace falta hablar: una mirada vale más que mil palabras. Y si hablamos de los sentimientos, no hay amor más incondicional que el del can por su dueño, que tantas veces ha demostrado una fidelidad que supera a la humana, una sinceridad tan cristalina que no conoce ni la traición ni la mentira.

Como dice Wagner:

¿Y no tomaríamos ejemplo del animal, del que somos sus amos, ejemplo que nos edifica y nos conmueve, en un mundo en que el respeto ha desaparecido totalmente o, en donde si todavía existe, no constituye más que un fingimiento hipócrita? Cuando, entre los hombres, encontramos una fidelidad consagrada hasta la muerte, deberíamos reconocer a partir de este momento un noble lazo de parentesco con el mundo animal y ello no debería humillarnos; pues muchas razones demuestran que esta virtud es practicada por los animales más puramente, más divinamente que por los hombres.

¿Quién podrá negar que el perro que lame mi mano lo hace porque me ama, o que el gato que espera tras la ventana lo hace porque extraña al que pronto llegará? Y si lo niega, por orgullo o ignorancia, se estará negando a sí mismo el don más precioso, el de la sensibilidad. Con Voltaire, podríamos decir:

Hay perversos que toman este perro, que tanto supera al hombre en fidelidad y amistad, y lo clavan a una tabla ¡para mostrarte las venas mesaraicas! Y descubres en él los mismos órganos que sientes dentro tuyo. Contestadme, ¿ha dispuesto la Naturaleza todos los resortes de la sensibilidad de este animal, de modo que sea incapaz de sufrir?

Por eso Richard Wagner denuncia a esos sabios que cometen los peores crímenes en el nombre de la ciencia, y les aconseja contemplar, no las entrañas y las vísceras, sino la mirada pura del animal. Así comprenderán, con el orgullo derrotado, quien es más noble en su sinceridad, en su ausencia de mentira: el hombre o la bestia. Y si comprenden, se darían cuenta que unos y otros son hermanos, criaturas amadas por la infinitud de Dios.

¡Qué distinta resulta esta religión universal de la compasión frente a la dionisiaca filosofía del solitario Zarathustra! ¡Qué abismos insalvables separan al mago de Bayreuth del triste profesor de Basilea, para quien el espíritu es un apéndice del cuerpo, la vida de todo ser se reduce a una lucha sin cuartel por la existencia, y la compasión es el mayor de los pecados. Pero, ¡qué ironía!, el último acto de la vida lúcida de

Nietzsche, o el primero de su locura, fue abrazar a un pobre caballo de carga que era azotado por su dueño...

Cuando Parsifal se da cuenta que, habiendo matado a una criatura inocente, ha violado con ello la más santa ley –aquella que está escrito, no en los fríos artículos de un código, sino en la insondable profundidad del corazón humano– entonces rompe su arco y tira sus flechas. Con esta acción ha llegado el arrepentimiento, pero no alcanza. Para ser Rey del Grial, Parsifal tendrá que pasar primero largos años de penitencia y penurias; errante, afrontará incontables peligros y luchas, mas no perdió la fe, que lo condujo con la sagrada Lanza a su destino.

Nosotros también, como Parsifal, erramos como náufragos sin darnos cuenta de nuestro error y nuestro destino: el mundo sufre, y todas las criaturas sufren con él, por nuestra culpa, que nada ve y nada siente, salvo el propio bienestar. ¿Acaso nos importan los millones de animales que sacrificamos en cantidades industriales, los ríos y los mares que envenenamos, las selvas que depredamos, las especies que extinguimos, el aire puro que contaminamos, convirtiéndolo todo en un inmenso basural?

Pero no... Estamos demasiados orgullosos de nosotros mismos y de nuestro tan alabado *humanismo*, que solo tiene en cuenta al hombre en tanto hombre, es decir, como número y medida de todo lo demás. Por eso concebimos a un Dios demasiado humano, una especie de anciano celoso y venerable que no conocemos porque vive muy lejos de nosotros, en lo alto de los cielos.

¡No..! El verdadero Dios es el Dios de los hombres y las bestias, el nuestro, pero también el del grandioso tigre, el ave multicolor y el insecto más insignificante. Así lo creían Francisco de Asís, Richard Wagner y Jordi Mota. Y el *Cisne*, que representa en las antiquísimas leyendas indoeuropeas, lo más puro, santo, inocente e inmaculado, nos interpela con su mirada triste y su cuerpo desangrado. El cisne renace de sus cenizas, la naturaleza también. Tenemos en las manos el arco. ¿Dispararemos otra vez la flecha que lo mate? ¿Le quitaremos la vida por hastío o por diversión? Aunque pretendamos serlo, ya no somos inocentes, y matar al cisne es lo que siempre ha sido: un atentado contra la pureza originaria del mundo.

Resulta paradójico que, mientras Parsifal lo mata, su hijo Lohengrin, años más tarde enviado por el Grial, tenga que salvar al príncipe de Brabante, convertido por las artes mágicas, ¡en cisne! El círculo se cierra, la maldad impera y somos nosotros, sin saberlo, sus esclavos, porque la ignorancia es parte de la culpa y la culpa involuntaria es doblemente condenable, sobre todo la de un pueblo. Sólo a través del conocimiento y la compasión, ese sufrir con el otro, ese sumergirse en la condición ajena, nuestro planeta alcanzará la redención.

Sin pureza el mundo es nada más que fealdad y vileza, el hombre una pobre criatura que se arrastra y el corazón tan sólo un órgano que bombea sangre. No hay misericordia, sino una hipócrita mentira a la que llaman “filantropía”, “ayuda humanitaria”, “solidaridad”, y que esconde tras su máscara la más profunda negación de nuestra propia humanidad. Porque mientras nuestra civilización se alimenta de los mataderos y las cámaras de tortura de la ciencia, no puede haber redención posible. O se ama a todas las criaturas o no se ama a nadie: un amor a medias no es amor.

Quizás sea ése, y no otro, el sentido de nuestro peregrinaje por la vida: alcanzar, por medio del dolor generosamente compartido, el conocimiento de las verdades divinas.

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
<http://www.associaciowagneriana.com> info@associaciowagneriana.com

Entonces el mundo entero se transfigurará con el grandioso enigma por fin resuelto, cuando reverdezcan los campos y nos sonrían las flores, como en el encanto de un nuevo Viernes Santo...